

Libros de poesía

Mutaciones de la realidad. Olga Orozco. Edit. Ediciones Rialp. Col. Adonais. Madrid, 1992

El color de las tinieblas. El regusto que queda en nuestra boca cuando masticamos el miedo. El movimiento y el crecimiento sigiloso pero constante de las raíces del tiempo. Un horizonte de nostalgias ancestrales. El aroma de los espejos, de las máscaras adheridas a nuestro rostro. Los harapos de lo que una vez fueron las vestiduras de nuestra dicha. Las leyes misteriosas pero implacables de lo inasible. Éstos son los dominios ilimitados de Olga Orozco.

Luego reconocemos a sus habitantes: los huéspedes asombrados, los rehenes de la realidad. Criaturas desvalidas pero tenaces, épicas en su constancia y su desconcierto, que intentan encontrar la comunión en medio de la intemperie y hasta en el centro de la desolación. Los vemos ejecutar su desdichada coreografía y acarrear sus precarias fundaciones de hielo o de arena. Criaturas cuya naturaleza es tan ambigua e inexplicable como la realidad que habitan.

Finalmente, sucede el milagro de la palabra, torrencial y rítmica como una oración. La palabra, como una precaria pero insistente lámpara, pues, aunque escrita («No necesito luces para mirar en el abismo de mi sangre, / en el naufragio de mi raza») la palabra es la oficiadora de la convocación. Es posible que reconozcamos en sus imágenes parientes más cercanos en el tiempo (como en el surrealismo), pero la verdadera naturaleza de la palabra de Olga Orozco es ancestral. Su voz se

acerca a nosotros, ya desde sus primeros libros, como un mensaje oracular; desde *Museo salvaje* o desde *La oscuridad es otro sol* y ahora desde *Mutaciones de la realidad*, sus advertencias de «prisionera del mismo desenlace igual que una heroína en el carro del mito» se acerca a nuestro corazón no para sanar sus heridas, tarea inútil, sino para enseñarnos a reconocerlas. Como todos los mensajes oraculares, sus poemas están contruidos en la arquitectura de la ambigüedad, la sospecha, la desazón y no es tarea simple aprender a descifrarlos, pues nos hablan de una realidad que «también ha llegado hasta aquí a través de un salto feroz en las tinieblas». Pero de manera extraña, misteriosa en su coherencia, la voz de Olga Orozco tiene siempre sabor de regreso y de raíz, y su oscuridad es más luminosa que cualquier certeza. Sus poemas despliegan el tapiz de una trama cambiante, el tapiz de las «mutaciones de la realidad» por el que caminamos vacilantes, ya que «nunca entenderemos cuál es nuestro verdadero papel en esta historia». La voz de Olga Orozco eligió «los delirios, las magias y el amor»; se trata de una elección rotunda, constante, que reclama del lector una complicidad tremenda, como el torrente de sus palabras. Pues este libro, más que un conjunto de poemas impresos, es un agujero, un oscuro pasillo de tránsito entre la realidad y la irrealidad: «ese relámpago inasible/ que revela en nosotros la soledad de Dios».

La ciudad blanca. Ángel Campos Pámpano. Edit. Pre-Textos. Valencia, 1988, 95 páginas

Ángel Campos Pámpano (Badajoz, 1957) es, evidentemente, un enamorado de la cultura portuguesa. Traductor de Pessoa, Antonio Ramos Rosa y Carlos de Oliveira, es director de la revista hispano-lusa *Espacio-Espaço Escrito*. *La ciudad blanca*, su segunda obra poética publicada, es una muestra más de ese amor y de esa admiración. Dada su erudición en materia lusa cabría esperar un libro culterano, construido sobre el conocimiento y el guiño erudito. Sin embargo, no es así; *La ciudad blanca* es un libro delicado, casi tímido en su expresión, casi aéreo. Olvidado de su rostro, la mirada de Ángel Campos va reposando, con temblor agradecido, sobre la geografía emocional de Lisboa. El libro se abre con una serie de once prosas poéticas que instalan al viajero-lector

en una luz, en un sonido, como si de las llaves del reino se tratara. Así el lector, una vez preparada el alma y con las llaves en las manos, ya pude entrar en la ciudad y recorrer con esta guía poética su trazado de melancolía sosegada. Los poemas delatan el hondo esfuerzo por nombrar la ciudad, el intento de que la palabra obtenga la autonomía y la diafanidad de la cámara de cine (no en vano el libro toma su título de la película de Alain Tanner). Lisboa, como todas las ciudades, posee un alma, un latido, un palpito; este libro es el intento de aprehenderlos y, fiel a la ciudad, es un libro sigiloso, lleno de espacio en el que respirar, escrito, sobre todo, con delicadeza y contención.

La poesía ha caído en desgracia. Juan Carlos Mestre. Edit. Visor. Madrid, 1992, 85 páginas

«La poesía ha caído en desgracia y las salamandras azules del mediodía entran en las ruinas de sus vasijas ceremoniales con los ojos desorbitados por el sol de la muerte». Así reza el poema final de este libro de Juan Carlos Mestre (León, 1957); esta frase ofrece una pista bastante contundente del tono y del contenido del libro. Escrito en su práctica totalidad en prosa poética, el libro transita entre la desazón, el fervor y cierta forma de lo sagrado, ya que su palabra «...ha sido pronunciada contra los dioses, esta palabra y la sombra de esta palabra han sido pronunciadas ante el vacío». En el centro de este libro, como si fuera el centro del laberinto, encontramos la desazón por encontrar la imagen y la cadena de imágenes que expresen simultáneamente la realidad y el significado de la realidad. No es una tarea fácil. Por momentos, recordamos la exuberancia de Enrique Molina o aquella manera, esencialmente creativa y en ocasiones hiriente, que tenía Oliverio Girondo de vomitar imágenes; o quizás aquel tono sentenciador del adolescente que fue Rimbaud. En definitiva, el libro es una búsqueda: una búsqueda desazonada entre las palabras, entre la realidad y la necesidad de encontrar y otorgarle significado, una búsqueda en la que el poema se convierte en «el resplandor erigido en la libertad de la jaula, la cicatriz en la médula de este tiempo que pasa sin duración en nosotros». Insisto, no es tarea fácil.

Grandes éxitos. Juan José Téllez Rubio. Edit. Col. Cuadernos de Literatura. Aula de Literatura José Cadalso. San Roque (Cádiz), 1992, 16 páginas

Algunos libros son como un aperitivo, para abrir boca, y provocan en el lector una reacción en las glándulas que estimulan el apetito, poético en este caso. Ésta parece ser la vocación de la colección «Cuadernos de Literatura» que, hasta el momento, ha publicado diez números, dedicado, cada uno de ellos, a un poeta vivo. El número que ahora nos llega está dedicado a Juan José Téllez Rubio (Algeciras, 1958); en él encontramos una pequeña introducción de Juan Gómez Macías y nueve poemas, uno o dos de cada libro publicado por Juan José Téllez, así como dos poemas de su libro inédito *Trasatlántico*. Para aquellos que no conozcan la poesía de Juan José Téllez Rubio, ésta es una buena manera de acercarse a ella. Ya en este breve, pero «suculento aperitivo», podrá descubrir algunas de las claves de su poesía: una inequívoca vocación de ciudadanía y modernidad, cierta dosis de escepticismo, aunque, afortunadamente, no exento de sentido del humor; en esta telegráfica antología, el lector también descubrirá el amor de Juan José Téllez por el cine (más evidente en los dos poemas seleccionados de *Daiquiri*, libro por el que personalmente siento cierta predilección), una manera de acercarse a la realidad social que por momentos nos recuerda a la hondura que alcanzó la poesía social en José Hierro, y una necesidad, más que saludable, de huir de la retórica y de no parecerse demasiado a sí mismo.

Paloma sin alas. Tino Barriuso. Edit. Hiperión. Madrid, 1991, 105 páginas

En este mundo, afortunadamente, hay poetas para todos los gustos. Los hay tremendos y abismales, los hay pulcros y sosegados, otros trabajan como orfebres y algunos se mueven entre entrañas. Pero existe una *rara avis* poética (y no es la que suele tener más éxito entre los estudiosos y eruditos en materia lírica) que es como de andar por casa. Cuidado, no se entienda mal; de andar por casa significa, en este caso, habitar las estancias de la poesía con naturalidad y una complicidad que a otros suele parecerles algo bochornosa y un poco intrascendente. Como se nos dice en la solapa, *Paloma sin*

alas pertenece a una trilogía que en su momento conformará un libro-casa, pues así entiende la poesía Tino Barriuso, como una casa que habitar. Sí, hay algo de artesano en su poesía, una manera cuidadosa, humilde y precavida de unir las palabras, de conformar los poemas; algo de artesano honorable, orgulloso del esfuerzo. Ello le ha llevado a ser esmerado con la forma (sonetos, sonetos ingleses, romances: rima, ritmo y otras «insensateces») y a no tener ningún pudor a la hora de reconocer a sus maestros y a utilizarlos con una libertad de vecindario. Pues, al parecer, Tino Barriuso es un poeta más preocupado por escribir buenos y conmovedores poemas (en este libro el lector puede encontrar suficientes pruebas de ello) que en conformar eso que los estudiosos llaman una Obra. *Paloma sin alas* es un libro casa, cuyos cimientos están contruidos de una poesía medida, una poesía enamorada de la palabra poética, a la que rinde constante homenaje.

Los cuentos y los besos. Javier Yagüe. Edit. Col. Melibea. Talavera de la Reina, 1992, 85 páginas

Los cuentos y los besos es el segundo poemario de Javier Yagüe (Madrid, 1963); si buscáramos una frase que pudiera nombrar este libro, podríamos decir que una poesía es realmente atípica. Por un lado, estos poemas respiran una cotidiana modernidad; pero lo cotidiano no adquiere aquí tintes épicos, sino que es el paisaje natural, el escenario natural para la confesión. Sin embargo, por otro lado, tampoco la confesión desemboca en estos poemas en una «poesía confesional»; lejos de buscar el estremecimiento inmediato, la complicidad conmovedora con el lector, la confesión de Javier Yagüe es profundamente solitaria. Así, lo confesional y lo cotidiano toman en este poeta matices personales confiriéndole eso que se ha dado en llamar una voz propia. Cercana, en cierta medida, a esa manera coloquial e hiriente que tiene la última poesía norteamericana de nombrar la herida, de manera que la herida adquiere más la forma de la ausencia que la de la carne desgarrada. Una voz con estructura de escalera, una escalera de versos que intenta conducir a los ilimitados espacios de la expresión, adelgazándose, buscando que el poema respire de escalón en escalón; una voz solitaria a la vez inquietante y

cristalina, en la que tanto el lector como el propio poeta observan y recuerdan desde el escalón de la distancia.

El horizonte de la noche. Juan Antonio Marín. Edit. Rialp. Col. Adonais. Madrid, 1993, 74 páginas

Decía Paul Nizan: «Tengo veinte años, no permitiré que nadie diga que es la mejor edad del mundo». Probablemente Juan Antonio Marín (Madrid, 1968) estaría de acuerdo con esta frase de Nizan; sin embargo, sus palabras también saben que no basta ser joven y sufrir para ser un buen escritor. Su primer libro, *El horizonte de la noche*, lo atestigua; éste es un libro trabajado y sufrido, valiente con el lenguaje, que posee un tono personal y unitario. Podría decirse que es hijo tanto del surrealismo (en cuanto al tratamiento de las imágenes) como de aquella manera ancestral y doliente de abrir los ojos al mundo. Pero también es hijo de estos días, últimos días del siglo XX, que, al parecer, se han convertido en una herida sin sentido, difícil de contar; como decía Luis Rosales: «desde hace muchos años nadie puede vivir, y nadie vive / pero la vida continúa, / la noria sigue andando con el caballo muerto». Sin embargo, aunque contar esta época es contar cierta forma de la ancianidad, el libro de José Antonio Marín es un libro joven; joven en la medida en que nombra para entender, en esa manera en que la necesidad de entender planea sobre cada poema. Es un libro de confesión de perplejidades y desamparos y, aunque contundente con la palabra, se trasluce una última incertidumbre, ésa que deja respirar al lenguaje, la que permite que cada palabra encuentre su hueco de temblor.

Vegetal silencio. Onofre Riojano. Edit. Rialp. Col. Adonais. Madrid, 1992, 76 páginas

La naturaleza parece ser un tema que tanto la poesía como otras artes han dejado de lado hace ya cierto tiempo. Sea porque nos movemos en una cultura y en un espacio esencialmente urbanos, o porque padecemos de egocentrismo expresionista, lo cierto es que la naturaleza, en su silenciosa e inexplicable existencia, ha dejado de conmovernos. Sólo, y yo diría que a veces de manera un tanto forzada (por cuestiones de enrarecida transpor-